

Mi primer y único robo

Abelardo Sánchez León

Sociólogo.

La experiencia del castigo, en mi caso, proviene de los tiempos del colegio. En el Markham, de buena estirpe sajona, el castigo se expresa en todo un ritual. El castigo trata de ser el símbolo de aquella frontera que separa lo permitido de lo que no está permitido. El castigo, por lo tanto, es entendido como el refuerzo de esa línea que, con los años, se ha vuelto más ambigua en el mundo actual.

El humor británico no se contraponen con la idea del castigo ni con la necesidad de ejercerlo sin contemplaciones. Yo no sé si para bien o para mal, pero fui constantemente castigado, y en todas las formas, además, desde la palmeta en ambas manos, con la zacuara en el fundillo, las planchas y las vueltas al campo bajo la atenta mirada del prefecto (un alumno de cuarto o de quinto de media) o con las repeticiones de frases absurdas o las suspensiones en casa. Un alma castigada como la mía, bajo todas esas modalidades, debe haber sentido algo, sobre todo cuando de pequeño observé acompañado de todos los alumnos del colegio, cuadrado en el campo principal de fútbol, cómo degradaban a un alumno de quinto de media por no haber delatado a uno de sus compañeros de aula.

En ese caso preciso, el ritual del castigo actuó en todo su esplendor. Alumnos de secundaria y primaria -si la memoria no me falla- contemplaron atónitos cómo el director del colegio le qui-

taba la insignia de prefecto, que llevaba en la solapa de su saco, ante la atenta mirada de la multitud. No recuerdo palabras, ni discursos, ni censuras, no recuerdo nada: solamente un silencio impresionante, un alumno de quinto de media a quien lo despojaban de su insignia y luego se retiraba cabizbajo hacia su sitio. No tengo la menor duda de que esa imagen perdurará en mi memoria para siempre. Ese alumno (según las versiones de la época) no delató al compañero que puso en el escritorio del profesor una vela acompañada de un breve texto en la pizarra que repetía el nombre del profesor y la letra de una canción de aquella época: «apágame la vela...»

Después de varias cavilaciones, he llegado a pensar que el castigo a la sajona es individual, pues exige un rostro, un cuerpo, una persona y un apellido. Muy rara vez los castigos en el colegio Markham eran masivos, culpando a todo un salón por meter bulla o a toda una pandilla por haberse escapado una noche a los sórdidos burdeles de La Victoria.

En una precisa ocasión, cuando fuimos descubiertos o delatados por alguien que nunca se supo (y es mejor no continuar la búsqueda) de haber ido al burdel de la avenida México, la primera reacción del sub-director del colegio fue la de amonestar a todos los alumnos que asistieron a ese ritual de sexo; uno por uno, con todos los nombres, porque la idea era castigar a todo el grupo, a toda

la clase, en verdad, pero individualizando a los participantes. Con el tiempo, he llegado a descubrir que el castigo masivo -todos a una- corresponde mucho más al espíritu español, criollo, peruano. Lo malo del castigo masivo, sin embargo, es que nadie se siente verdaderamente castigado, nadie reconoce el castigo recibido, pues la persona se oculta en la mancha de aquella nómina despersonalizada.

El colegio Markham se ha caracterizado por ser una institución de modales rudos, quizás francos, pero ciertamente directos. Estoy lejos de hacer una apología del castigo, ni tengo el síndrome de Estocolmo o el de San Antonio-Miraflores, pero reconozco que el castigo en el Markham era individualizado y rápido. Por lo general, se trataba de unas palmetas en las manos; a veces involucraban a la familia, pues cuando te suspendían debías quedarte en casa. El famoso *keep in*, encerrado en un aula durante una hora mirando a las musarañas mientras repetías una tontería por escrito. No conozco alumno del Markham que no haya pasado por la experiencia individualizada del castigo, que trae el hecho indudable del estigma, y en el caso del colegio, el de la memoria implacable.

La elección de los prefectos y de los capitanes se sustentaba en una corta lista de virtudes personales: buen rendimiento académico, disposición deportiva y carisma entre sus compañeros. Sin

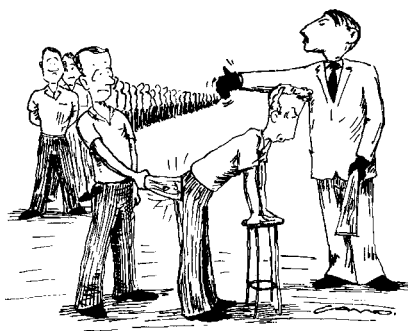
embargo, si un alumno había sido merecedor de un castigo en sus primeros años de la secundaria, jamás llegaría a ser prefecto o capitán, y menos aun *School Captain* o *Vice-Captain* del colegio. Y claro que los hubo. Cuando recién llegaba un profesor inglés al país, ignorante del espíritu criollo, era fácil víctima de todo tipo de copias y trampas, hasta que dejaba su origen y asumía el de San Antonio-Surquillo, prendiéndosele todas las luces de la malicia. En una oportunidad, uno de estos profesores ingleses descubrió que el examen de Historia Universal había sido preparado en casa durante los días previos, sobre todo cuando uno de ellos incluía mapas en tinta china y variados colores. Rápidamente el profesor empezó a buscar papelitos como pruebas al canto, se puso colorado de lo inglés que era y colocaba a los infractores hacia un lado del salón. Algunos se salvaron. La mayoría, no. Aun sabiendo que todo el salón había estado copiando, solamente fueron castigados aquellos alumnos descubiertos con los papeles en la masa, y entre ellos, un excelente alumno, un gran deportista, un amigo de primera que, por esa razón, nunca tuvo un cargo importante en la jerarquía de la autoridad interna del colegio.

En una oportunidad, en quinto de media, le soplé a un compañero durante el examen de julio como una compensación a todos las veces que él me había ayudado con las matemáticas, las álgebras y las geometrías. Se trataba del examen de literatura, y como castigo no solamente perdí la nota de ese preciso examen, si no que perdí también la nota del promedio y obtuve un rotundo O en la libreta. Luego me enteré que en el *staff* de profesores habían discutido si debían expulsarme o no del colegio, debido a que gracias a mi puesto de arquero en la selección de fútbol, tenía una gran influencia entre los alumnos menores. Felizmente que esa posibilidad fue descartada. Lo que no quedó descartado fue el ritual del castigo al interior del *house* Miller, del cual yo era su *Vice Captain*.

El profesor encargado del *house*, un inglés, por supuesto, o un galés, cumplió a cabalidad su cometido: convocó a todos los alumnos que pertenecían a ese *house*, tanto de primaria como de secundaria, para que observaran el austero

ritual del castigo: la manera cómo me despojaban de la insignia de *Vice-Captain*, cargo al cual había accedido solamente por dos de las tres virtudes solicitadas: disposición deportiva y carisma entre sus compañeros.

Esa mañana invernal la recuerdo con nitidez, porque no solamente veía la cara del profesor galés o inglés, de prominente nariz, *twedd* usado y pipa colgándole de la boca, sino todos esos rostros de los alumnos de primaria con los cuales mantenía una saludable relación desde los tres palos del arco. Pensé, una vez más, en el castigo que le infligieron a aquel estudiante de quinto de media cuando yo era un mocoso, y me puse a imaginar lo que hubiera podido haber sentido. Lo que verdaderamente sientes, eso sí lo sé yo, es que eres completamente diferente por un instante, que el ritual del castigo traza una raya gruesa entre tú y el resto, que el resto te mira, siente pena, y no quisiera hacer nunca lo que tú hiciste. Luego, una vez que el ritual concluye, estás en la obligación de rehacer toda tu vida sin olvidar ese momento atroz en el que fuiste diferente del resto de la gente, como entonaba la canción de entonces.



Esa debe haber sido la razón por la cual le pregunté a uno de los internos del penal de Lurigancho, muchísimos años después, cuando fui de visita con Marco del Mastro, si los únicos que no estábamos detenidos en ese momento éramos Marco y yo. La pregunta era tonta por donde se le mirase, pero yo conservaba un espíritu despierto hacia aquella posibilidad, no tan remota, de que todo en tu vida puede revertirse y

de pronto te encuentras en el otro lado de la frontera, al otro extremo de la raya, que tú mismo te conviertas en un interno y veas la vida de un modo completamente distinto a como la ves cuando vas de visita por unas cuantas horas, de puro curioso, a estudiar comportamientos, como parece entenderlo Carlos Aguirre, un historiador peruano en los Estados Unidos.

En diciembre de 1963, en quinto de media, cuando estudiábamos para uno de los exámenes finales, se me ocurrió ir con dos amigos al «Wong» de la época, uno de esos Supermarkets, en cuyo local se encuentra precisamente el «Wong» de la Benavides. El examen final era en la tarde. Estudiábamos y estudiábamos y de pronto se nos iluminó la mente y recordamos la frase de un compañero: «En el Super puedes robar y no se dan cuenta». Y fuimos. Nos metimos en los bolsillos todo tipo de galletas, chocolates y sabe Dios qué de golosinas. Al salir, fuimos interceptados. Pudimos arrojar algunos de los objetos debajo de los vehículos, pero aun así, fuimos atrapados, detenidos y llevados a la oficina del administrador.

Para nuestra mala suerte, o quizás buena, viéndolo con los ojos de hoy, el polémico Sub-Director del colegio se encontraba en esos momentos en el local. Al vernos en la oficina de la administración se acercó, tocó la puerta, introdujo su pequeño y voluminoso organismo y nos miró a la cara. Sin necesidad de explicaciones supo de qué se trataba el asunto. Mencionó y repitió nuestros apellidos sucesivas veces. Nos miraba. De pronto, buscó una solución desde su manga, y cuando salimos del Super nos dijo:

-Se han salvado de ser expulsados del colegio. En principio, diciembre es un mes que no nos corresponde administrarlo a nosotros. En ese mes solamente vienen a dar exámenes.

La falta que cometimos no fue castigada. El castigo, en este caso, hubiera sido injusto y probablemente mortal. Este último pensamiento me ha dado siempre vueltas en el cerebro, porque me he convencido que los castigos tienen un sabor ambiguo, incluso aquellos que formal y objetivamente merecen una pena, ya que no llegan a abordar las complejidades del acto mismo. Con frecuencia lo simplifican y suelen agotar la

vastedad de una vida en un simple instante. Cuando el Sub-Director nos dejó otra vez en el terreno del colegio, se vio en la obligación de regañarnos, mostrar sus dientes, levantar en algo la voz, para cerciorarse de que entendíamos su acti-

tud, sin que por ello relativizáramos nuestra falta.

Más que el castigo mismo, se impregnó en mí un extraño sentimiento: cuando estás al otro lado de la frontera, de las barras, hueles mal. Porque eres

distinto, te señalan, te dan la espalda. Solamente tú sabes que existe una complejidad que ha quedado fuera de ese castigo, que no ha sido tocada, y cogiéndote de ella, puedes pensar en la convivencia como acto necesario. 卍